

franqueza, Dumouriez le desanimaba con su jovialidad, el poder le ablandaba con su prestigio. El trataba de aplazar en cuanto le fuese posible las dos grandes dificultades del momento, que consistían en la sanción del rey á los dos decretos que mas repugnaban á su corazón y á su conciencia, á saber: el que se habia dado contra los emigrados y el otro contra los sacerdotes no juramentados; finalmente, trataba tambien de dar largas á la guerra.

Durante esta tergiversacion de Roland y sus colegas, Dumouriez iba apoderándose del ánimo del rey y del favor del público, y todo el secreto de su política estaba contenido en las palabras que poco antes habia dicho á Mr. de Montmorin en una conferencia reservada que habian tenido: «Si yo fuese rey de Francia sabria burlarme de todos los partidos poniéndome á la cabeza de la revolucion.»

Estas palabras encerraban la única política capaz de salvar á Luis XVI. En épocas de revolucion todo rey que no es revolucionario, perece inevitablemente por el choque de los dos partidos opuestos; un rey en cuanto se declara neutro, no reina ya; un rey perdonado rebaja el trono, un rey vencido por su pueblo, no tiene otro asilo que el destierro ó el cadalso. Dumouriez conocia que ante todo le era preciso convencer al rey de su íntima adhesión hácia su persona; iniciarle en la confianza, ó por decirlo así, en la complicidad del papel patriótico que él se proponia desempeñar; hacerse el mediador secreto, entre las voluntades del monarca y las exigencias del consejo, y dominar de este modo, al rey por su influencia sobre los girondinos, y á estos por su influencia sobre el rey. Este papel de favorito de la desgracia y protector de una reina perseguida, halágbala tautola ambición de Dumouriez como estaba en armonía con las aspiraciones de su corazón. Militar, diplomático y caballero, los sentimientos que abrigaba en su alma hácia un trono degradado

eran muy distintos de aquella envidia satisfecha, que se notaba en los girondinos. El prestigio del trono existia para Dumouriez; el de la libertad era el único que existia para los girondinos. Las buenas disposiciones de Dumouriez respecto al trono reveladas en su actitud, en su lenguaje y en todas sus acciones, no podían pasar desapercibidas para Luis XVI por mucho tiempo. Los reyes tienen un tacto particular que el infortunio hace mas delicado; los desgraciados conocen la compasión que inspiran con solo que se les dirija una mirada, y como este es el único homenaje que les es permitido recibir, son muy celosos de él. En una conversacion secreta, el rey y Dumouriez pudieron franquearse reciprocamente.

## XII.

Las apariencias turbulentas de Dumouriez en los distintos mandos que habia obtenido hasta entonces, su amistad con Gensonné y el favor de los jacobinos, habian prevenido á Luis XVI en contra suya. El ministro por su parte esperaba hallar en el rey un espíritu rebelde á la Constitucion, un corazón resentido por los ultrajes del pueblo, un talento limitado por la rutina, un exterior brusco y una palabra dominante y capaz de humillar á cuantos se le acercasen. Tal era la opinion falsa que la nacion tenia de su rey, porque para lograr que esta le aborreciese, era preciso presentarlo enteramente distinto de lo que era en realidad.

Dumouriez desde el primer dia, así como en los tres meses que duró su ministerio, vió en el rey un talento despejado, un corazón siempre dispuesto á hacer el bien, una educacion esmerada y una longanimidad y una paciencia capaces de hacer frente á todas las calamidades que le rodeaban. Solo se advertia en Luis XVI una ti-



midez extrema, resultado del largo retiro en que le habia tenido Luis XV, timidez que le impedía manifestar libremente los sentimientos de su corazón y que daba á su lenguaje en las relaciones que mantenía con los demás hombres, cierta sequedad y una especie de indecision que quitaban toda la gracia á lo que decía. Dolado de un valor reflexivo é impávido, habló muchas veces con Dumouriez de su muerte como de un acontecimiento probable y fatal, cuya perspectiva no alteraba su serenidad, ni tampoco le impidió cumplir hasta el último momento con los deberes de padre y de rey.

Dumouriez se le acercó un día con aquel enternecimiento caballeresco, y con aquel respeto compasivo que inspira la desgracia en un corazón noble y generoso, y le dijo: «Señor, veo que estais ya desengañado de todas las prevenciones que contra mí teniais. Vos me habeis mandado por conducto de Mr. de Laporte que acepte un cargo que habia renunciado anteriormente. — Así es, dijo el rey. — Pues bien, señor, yo vengo á sacrificarme enteramente por vuestro servicio y por salvaros. Mas el papel de ministro no es ahora lo que era en tiempos antiguos, y yo sin dejar de ser servidor del rey, pertenezco también á la nación. Yo os hablaré siempre en público el lenguaje de la libertad y de la Constitución, y espero que me permitireis que en el consejo y en cualquiera otra parte, disimule mi adhesión á vuestra augusta persona y que desempeñando mi papel de ministro constitucional evite toda relacion con V. M. para no infundir sospechas. Así, desde este punto prescindiendo de toda etiqueta, no vendré á haceros la corte; en el consejo contrariaré vuestra opinión, y nombraré para representar la Francia en el extranjero, á hombres enteramente adictos al nuevo orden de cosas. Cuando vuestra repugnancia á mi elección sea invencible y motivada obedeceré, pero si esta repugnancia llega hasta el extremo de que pueden comprometerse por ella vuestra sal-

vacion y la de la patria, entonces os suplicaré que me permitais retirarme y que nombreis á otro en mi lugar. Pensad en los terribles peligros que asedian vuestro trono. Es preciso afianzarle confiando vos en la nacion y haciendo que esta confie en la sinceridad de vuestra adhesión á la revolucion. De vos solo depende hacer esta conquista, y yo por mi parte ya tengo redactadas cuatro notas en que hablo en este mismo sentido á los embajadores. El lenguaje que uso en ellas es desconocido, ó por mejor decir, inusitado en las relaciones oficiales de una nación con otras, porque es el lenguaje de una nación ofendida y resuelta. Hoy las leeré delante de vos en el consejo. Si aprobais mi trabajo continuaré hablando del mismo modo y obraré en conformidad con mis palabras; sino mi equipage está dispuesto, y no pudiendo serviros con mis consejos iré adonde me llaman mis inclinaciones y mis treinta años de estudios, es decir, á servir á mi patria con las armas en la mano.

Atónito el rey y enternecido, le dijo, «Me gusta vuestra franqueza, sé que me sois adicto y espero mucho de vuestros servicios. Efectivamente estaba impresionado contra vos; pero todo ha desaparecido en este momento. Id, y obrad segun os dicte vuestro corazón y segun convenga á los intereses de la nación, que son también los míos.» Dumouriez se retiró, pero sabia que la reina, adorada de su marido, manejaba al rey, valiéndose de la pasión que éste la tenia, y sacando partido de la volubilidad de su espíritu. Aquel hombre deseaba y temia al mismo tiempo tener una entrevista con aquella princesa. Una palabra suya podia llevar á cabo ó trastornar enteramente la empresa atrevida que él habia concebido, de reconciliar al rey con la nación.



se, es la que puede cubrirlos y hacer la felicidad y la gloria del rey. — ¡Esto no durará mucho! ¡andad con cuidado!» replicó la reina mirándole al mismo tiempo con un aire indignado y amenazador. Dumouriez creyó ver en aquella mirada y oír en aquellas palabras una alusión á los peligros personales que podría correr y una insinuación dirigida al miedo. «Señora, la contestó en voz baja y con un acento en que la firmeza del soldado iba unida al enternecimiento del hombre, tengo ya mas de cincuenta años y me he visto espuesto á muchos peligros durante mi vida; así es, que he comprendido desde el principio que mi responsabilidad al aceptar el ministerio no era el peligro mas grande que me amenazaba. — ¡Ah! exclamó la reina horrorizada, ¡ya no me faltaba mas que esta calumnia y este oprobio; á lo que veo creéis que yo soy capaz de mandar asesinar!» Copiosas lágrimas de indignacion la impidieron decir mas. Dumouriez tan conmovido como ella, rechazó aquella odiosa interpretacion que daba la reina á lo que él la habia dicho. «¡Libreme Dios, señora, la dijo, de haceros tan grave ofensa! Vuestra alma es grande y noble, y el heroísmo que habeis mostrado en cien ocasiones, me ha unido para siempre á vos.» Calmóse la reina al oír estas palabras y apoyó su hermosa mano en el brazo de Dumouriez, en señal de reconciliacion.

El ministro aprovechó aquel momento de tranquilidad y de confianza para dar á Maria Antonieta unos consejos, cuya sinceridad interpretaban la alteracion visible de su rostro y de su voz. «Creedme, señora, la dijo, no tengo ningun interés en engañaros; detesto tanto como vos la anarquía y sus crímenes; pero tengo esperiencia, vivo entre los partidos, participo de sus opiniones, y como estoy muy inmediato al pueblo me hallo mejor colocado que V. M. para poder juzgar el alcance y la direccion de los acontecimientos. Este no es un movimiento popular, como vos parece que creéis, es la insur-

XIII.

La reina mandó llamar al general y le recibió en una de las piezas mas retiradas de su habitacion. Dumouriez la halló sola; manifestando en su semblante la emocion de una lucha interior y paseándose apresuradamente por el cuarto, como si la agitacion de sus pensamientos la prescribiese el movimiento corporal. Dumouriez sin decirle nada, fué á colocarse al lado de una chimenea, en donde permaneció en la respetuosa y triste postura, que le inspiraba el ver en aquel estado de abatimiento á una princesa tan hermosa como desgraciada. La reina se dirigió hácia él, y con un acento en que se descubria á la vez el resentimiento del infortunio y el desprecio de la suerte, le dijo: «Caballero, en este momento lo podeis todo, pero lo podeis por el favor del pueblo, y éste hace pedazos sus idolos con la misma facilidad con que los ha elevado.» Entonces, sin dar lugar á que el general la respondiese, prosiguió diciendo: «Vuestra existencia depende de vuestra conducta. Dicen que sois hombre de talento; si esto es así, ya debeis figuraros que ni el rey ni yo podemos sufrir todas estas novedades de la Constitucion. Tenedlo entendido así, puesto que yo os lo declaro terminantemente y adoptad el partido que os convenga seguir. — Señora, respondió Dumouriez confundido, estoy aterrado con la peligrosa confianza que acaba de hacerme V. M.: no seré yo quien la venda, pero me hallo entre el rey y la nacion y pertenezco á mi patria. Dejádme, continuó con el mayor respeto, que os represente que la salvacion del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y hasta el restablecimiento de la autoridad real, dependen en el día de la Constitucion. Vosotros os hallais rodeados de enemigos que os sacrifican á sus propios intereses, y únicamente la Constitucion, si llega á consolidar-



reccion casi unánime de una gran nacion contra un orden de cosas inveterado y en decadencia. Grandes facciones atizan el incendio y hay en todas ellas hombres locos y malvados. Yo no veo en la revolucion sino al rey y á la Francia y todo lo que tienda á separarlos, los pierde irremisiblemente, por lo cual aspiro á reunir ambas cosas y vos sois la única que podeis ayudarme para conseguirlo. Si yo soy un obstáculo para vuestros intentos, y si vos persistis en creerlo así, decidmelo al instante y me retiro á una soledad á llorar con libertad por la suerte de mi patria y por la vuestra.» La reina se enterneció y quedó convencida. La franqueza de Dumouriez la sedujo y el corazón leal del soldado la respondia de la sinceridad de las palabras del hombre diplomático. Firme, valiente y heróica, preferia aquella espada en el consejo del rey á toda la política de ciertos oradores almirados que seguian todos los impulsos de la opinion, ó de la sedicion. Desde entonces se estableció una confianza íntima, entre la reina y el general.

La reina se mantuvo fiel á sus promesas un cuanto tiempo. Los repetidos ultrajes del pueblo volvieron á impulsarla á pesar suyo hácia la conspiracion, y la hicieron tambien que se dejase dominar por la ira. «¡Mirad! decía un dia al rey delante de Dumouriez, prisionera en este palacio, no me atrevo á asomarme á las ventanas de mi cuarto por la parte del jardín. La turba que está allí estacionada espiondo mis lágrimas me silba en cuanto me asomo. Ayer para respirar, he abierto un poco una de las ventanas que dan al patio y uno de los artilleros que estaban de guardia me ha insultado infamemente... ¡Cuánto gusto tendria, ha dicho, en ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!... En este horroroso jardín se ve por un lado á un hombre subido en una silla, dirigiéndonos los insultos mas odiosos y amenazando con la mano á todos los que habitan en palacio; por otro lado suele verse á algun militar ó algun sacerdote á quien la

turba amotinada persigue llenándolos de golpes y de ultrajes. A dos pasos de allí, otros juegan ó se pasean tranquilamente por la arboleda. ¡Qué mansion, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Qué pueblo este!» Dumouriez no podia hacer otra cosa que llorar con la familia real y aconsejarla la paciencia. Pero la paciencia de las victimas se cansa antes que la crueldad de los verdugos que las atormenta. ¡Podia exigirse de buena fé, que una princesa, valiente, altiva y habituada á verse adorada por su corte y por todo el mundo, amase en la revolucion el instrumento de sus humillaciones y de sus suplicios, ni que viese en aquel pueblo indiferente ó cruel una nacion digna de ser libre y de obtener la soberania!

## XIV.

Despues que Dumouriez se hubo puesto de acuerdo con la corte, no titubeó en atravesar todo el espacio que separaba al rey del partido estremo y en hacer que el gobierno se lanzase en la senda del mas exaltado patriotismo. Dirigióse á los Jacobinos y se presentó con la mayor osadía en la sesion del dia que siguió á su entrevista con el rey. La sala de sesiones estaba llena, y las tribunas al ver á Dumouriez permanecieron silenciosas y atónitas al mismo tiempo. Su figura marcial y el aire militar con que andaba le ganaron desde luego el favor de la Asamblea y nadie sospecha que haya tanta audacia oculta en aquel hombre astuto. Nadie ve en él sino un ministro que se abandona enteramente en brazos del pueblo y todos los corazones se abren para servirle.

Esta era la época en que el gorro encarnado, simbolo de las opiniones mas exageradas, y especie de libre del pueblo, con la cual se adornaban sus demagogos y sus adúladores, acababa de ser adoptado casi por una



nimidad por los jacobinos. Este signo, como otros muchos parecidos á él, y adoptados por las revoluciones por una casualidad, era un misterio hasta para los mismos que lo llevaban. El primer día que habia aparecido en público puesto en un palo, fué el del triunfo de los soldados de Chateaufieux. Unos decían que era el distintivo de los presidiarios, infame en otros tiempos, glorioso despues de haber cubierto las sienas de aquellos mártires de la revolucion; decíase tambien que el pueblo habia querido purificar aquel gorro de toda infamia, llevándole como una especie de estandarte en aquella procesion cívica. Otros veían simplemente en él el gorro frigio, símbolo de la libertad para los esclavos.

El gorro encarnado habia sido desde el primer día que se usó un motivo de disputa y de desunion entre los jacobinos. Los exaltados se cubrian con él, y los moderados se abstenían aun de ponérselo. Dumouriez no vacila. Sube á la tribuna, coloca en su cabeza aquel signo de patriotismo, lo cual equivale á adoptar la divisa del partido más pronunciado, y esta elocuencia muda, pero significativa, hace prorumpir á todo el mundo en entusiastas manifestaciones. «Hermanos y amigos míos, dice Dumouriez. Todos los momentos de mi vida van á consagrarse á hacer la voluntad del pueblo, y á justificar la eleccion del rey constitucional. En todas las negociaciones llevaré conmigo las fuerzas de un pueblo libre, y estas negociaciones daran por resultado antes de mucho, una paz sólida ó una guerra decisiva. (Aplausos). Si tenemos la guerra abandonando mi papel político, iré á ocupar mi puesto en el ejército, resuelto á triunfar ó á morir libre con mis hermanos. ¡Tengo sobre mí un gran peso, ayudadme á llevarle! Necesito que se me den consejos, haced que lleguen á mí por medio de vuestros periódicos. Decidme siempre verdades, aunque sean las más duras. Rechazad la calumnia, pero no rechazéis á un ciudadano cuya sinceridad é intrepidez os son conocidas

y que se sacrifica por la revolucion, y por la causa nacional.»

El presidente respondió á este discurso, diciendo que la sociedad se gloríaba de contarle entre sus hermanos. Estas palabras escitaron un ligero murmullo sofocado por las aclamaciones que siguieron á Dumouriez al ir á ocupar su puesto en los bancos. Entonces se pidió que se imprimiesen los dos discursos y oponiéndose a ello Legendre, so pretesto de economia, fué silbado por las tribunas. «¿A qué vienen estos honores inusitados, y esta respuesta del presidente al ministro? dijo Collot de Herbois, si Dumouriez viene aquí como ministro, nada hay que responderle. Si viene como afiliado y como hermano, no hace más que cumplir su deber, poniéndose á la altura de nuestras opiniones. Solo una respuesta hay que darle y es: ¡que obre tan bien como ha hablado!» Dumouriez manifiesta con sus signos que lo hará así.

Robespierre se levanta y dirigiendo á Dumouriez una sonrisa severa dice: «Yo no soy de los que creen que es absolutamente imposible que un ministro sea patriota, y hasta acepto con placer los presagios que el señor Dumouriez nos ofrece. Cuando haya verificado estos presagios, cuando haya dispado los enemigos armados en contra nuestra por sus predecesores, y por los conjurados que aun dirigen hoy al gobierno, á pesar de la espulsion de algunos ministros, entonces, y solamente entonces, estaré dispuesto á tributarle los elogios de que se haga acreedor digno, y aun en ese caso no pensaré que sea más digno de alabanza que cualquiera otro buen ciudadano de los que componen esta sociedad. ¡Solo el pueblo es grande, solo él es respetable á mis ojos! ¡Las pompas del poder ministerial no son nada ante él! Pido por respeto al pueblo, por respeto al mismo ministro, que su entrada en la sociedad no se señale con unos obsequios, que no servirían sino para atestiguar la decadencia del espíritu público. El ministro nos ha pedido con-



sejos y por mi parte le prometo dárselos tan útiles para él, como para la causa pública. Mientras el señor Dumouriez de pruebas de patriotismo y haga servicios reales á la nacion, probando de este modo que es hermano de los buenos ciudadanos y defensor del pueblo, puede estar seguro de que aqui no faltará quien le apoye. Yo no temo en esta sociedad la presencia de ningun ministro, pero declaro que en el momento en que uno de ellos tuviese mas ascendiente que cualquiera otro ciudadano, yo seria el primero en pedir su ostracismo. ¡Esto no sucederá jamás!»

Robespierre baja de la tribuna, y Dumouriez se echa en sus brazos. La Asamblea se levanta y los aplausos de las tribunas ponen el sello á aquel abrazo fraternal en que se ve el vaticinio de la union entre el poder y el pueblo. El presidente Doppet con el gorro encarnado puesto, lee una carta de Petion á la sociedad respecto á la nueva divisa adoptada por los patriotas. Petion se pronuncia en dicha carta contra aquel signo supérfluo de civismo con las siguientes palabras. «Este signo, dice, en vez de aumentar vuestra popularidad asusta á ciertas gentes, y es un pretexto para calumniaros. El momento actual es grave y las demostraciones de patriotismo deben ser tan graves como la época que atravesamos. Los enemigos de la revolucion son los que la inducen á esas frivolidades, para tener derecho de acusarla en seguida de ligera é inconsecuente y para presentar de este modo el patriotismo bajo las apariencias de una faccion. Estas señales dividen á los que es preciso reunir, y por mas en boga que estén en el dia, jamás serán unánimemente adoptadas. Muchos hombres hay que sacrificándose enteramente por el bien público, miran, sin embargo, con mucha indiferencia el gorro encarnado. La libertad no será bajo esta forma ni mas bella, ni mas magestuosa, y ese signo con que la adornais solo servirá de pretexto para introducir la division entre sus hijos. Una ma-

nifestacion ridicula puede producir muy bien una guerra civil, que empezando por un sarcasmo concluya por un gran derramamiento de sangre. Reflexionad bien sobre lo que acabo de deciros.»

## XV.

El presidente, hombre timorato, y que presentia en los consejos de Petion la voluntad de Robespierre, habia hecho desaparecer con el mayor disimulo el signo repudiado con que cubria su cabeza durante la lectura de esta carta. Los miembros de la sociedad iban siguiendo uno á uno su ejemplo. Robespierre que se habia puesto antes de acuerdo con Petion, para que éste escribiese la carta que se acaba de relatar y que por otra parte no habia adoptado jamás, aquel signo de la moda, subió en seguida á la tribuna y dijo: «Respeto como el corregidor de Paris, toda imágen de libertad, pero nosotros tenemos un signo que nos recuerda sin cesar el juramento que hemos hecho de morir ó vivir libres y este signo héle aqui. (Enseña su escarapela). Los ciudadanos que por un patriotismo laudable hayan adoptado el gorro encarnado nada perderán con quitársele. Los amigos de la revolucion continuarán reconociéndose en el signo de la razon y de la virtud. ¡Estos emblemas son esclusivamente neutros; todos los demas pueden ser imitados por los aristócratas, y por los traidores! ¡Yo os invito en nombre de la Francia, á uniros al único estandarte capaz de imponer á sus enemigos. No conservemos, pues, sino la escarapela y la bandera, bajo las cuales ha nacido la Constitucion.»

El gorro encarnado desapareció de la sala. Pero ni la voz de Robespierre, ni la resolucion de los jacobinos, pudieron contener el ímpetu que habia llevado al pueblo á



colocar en su cabeza aquella señal de *igualdad vengadora*. La misma noche en que habia sido repudiado en los Jacobinos el gorro encarnado, fué la de su inauguracion en todos los teatros, y en varios de ellos se puso en el busto de Voltaire en medio de los aplausos de los espectadores. Este y la pica fueron el uniforme y armamento del soldado ciudadano. Los girondinos, á quienes repugnaba aquel signo, mientras creyeron que era la librea de Robespierre, empezaron á hallarle excusable en cuanto este lo rechazó. El mismo Brissot, al dar cuenta de aquella sesion, habla del gorro encarnado, como pesooso de que se haya desechado aquel simbolo; porque «adoptado (estas son sus palabras); por la parte mas indigna del pueblo, servia para humillar á los ricos, y para llenar de espanto á los aristócratas.» La division entre estos dos hombres iba cada dia en aumento, y ya la Asamblea, el poder y los Jacobinos eran recintos asaz estrechos para aquellas dos ambiciones que se disputaban la dictadura de la opinion.

El nombramiento del ministerio, debido enteramente á la influencia de los girondinos, las juntas que se celebraban en casa de madama Roland, la presencia de Brissot, y de Vergniaud en las deliberaciones de los ministros y la elevacion de todos sus amigos á los primeros empleos, servian de testo á las reconventiones de los jacobinos exaltados. Eran conocidos estos bajo el nombre de montañeses por alusion á los bancos altos de la Asamblea en donde se sentaban los amigos de Robespierre y de Danton. «Acórdaos, decian aquellos, de la sagacidad de Robespierre, casi semejante al don de profecia, cuando respondiendo á Brissot que atacaba el antiguo ministro Lessart, lanzaba al gefe girondino aquella alusion que tan pronto se vió justificada; respecto á mi no especulo con el ministerio ni para mí, ni para mis amigos.» Por su parte los periódicos girondinos cubrian de oprobio á aquel puñado de calumniadores y de tiranuelos que

semejantes á Catilina en los crímenes, no se le parecian en el valor. De este modo empezaba la guerra por las injurias.

Entre tanto el rey, habiendo completado su ministerio, dirigió á la Asamblea una comunicacion mas parecida á una abdicacion en manos de la opinion, que el acto constitucional de un poder libre. ¿Esta resignacion humillante era un signo de esclavitud, de abatimiento y de violencia? ¿era acaso una señal hecha desde el trono á las potencias que estaban sobre las armas, para que no comprendiesen que el rey no era ya libre, y para que no viesen en él, sino el autómeta coronado de los jacobinos? He la aqui testualmente.

«Profundamente conmovido por los desórdenes que alligen á la Francia, y por el deber que me impone la constitucion de vigilar y sostener el orden y la tranquilidad pública, no he dejado de emplear todos los medios que aquella pone en mis manos para hacer ejecutar las leyes; yo habia escogido á este efecto para primeros agentes míos, á unos hombres á quienes hacia recomendable la honradez de sus principios y de sus opiniones. Estos han dejado el ministerio, y yo he creído deber reemplazarlos con otros hombres acreditados por sus opiniones populares. Me habeis repetido tantas veces que este partido era el único medio de lograr que se restableciese el orden y se ejecutasen las leyes que he creído deber adoptarle, á fin de quitar á la malevolencia todo pretexto de dudar de mi sincero deseo de contribuir á la prosperidad y á la verdadera felicidad de mi pais. He nombrado para el ministerio de Hacienda á Mr. de Claviere, y para el de lo Interior á Mr. Roland. Habiéndome pedido la persona á quien habia elegido para ministro de Justicia que nombrase á otro, quedo en informar á la Asamblea nacional del nombre del sugeto en quien recaiga la nueva eleccion.... Firmado: Luis.

La Asamblea recibió este mensaje en medio de las



mas vivas aclamaciones. Dueña ya del rey, podia convertirle en un instrumento regenerador. La armonia mas perfecta reinaba aparentemente en el consejo, y el rey causaba gran admiracion á sus nuevos ministros, tanto por su asiduidad, como por su aptitud para los negocios. A cada uno le hablaba en su lengua; á Roland de sus obras, á Dumouriez de sus aventuras galantes, á Claviere de hacienda, y á ninguno de las cuestiones irritantes de la política general, que siempre trataba de eludir. Madama Roland echaba en cara á su marido que gastase el tiempo en conversaciones inútiles, y le instaba á que tratase de utilizarlo, y de precisar las discusiones llevando un registro exacto de ellas, tanto para su gobierno como para salvar algun dia su responsabilidad. Los ministros convinieron en ir á comer cuatro dias por semana á casa de Roland, para concertar lo que debian hacer antes de entrar en el consejo, y para ponerse de acuerdo sobre el lenguaje que habian de usar con el rey. En estos consejos íntimos, era en donde Buzot, Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot, imbuian á los ministros el espíritu de su partido, reinando *anónimos* de esta suerte, sobre el rey y sobre la Asamblea. Dumouriez no tardó en hacerse sospechoso. Su talento se sustrata á su dominio en fuerza de su superioridad y tampoco les era fácil dominar su carácter por el fanatismo á causa de su gran flexibilidad. Madama Roland seducida por su elegancia, no le admiraba sin remordimientos; conocia que el genio de aquel hombre era muy útil y casi absolutamente necesario para su partido, pero tampoco se la ocultaba que un genio sin virtud, podia ser fatal á la república, por cuya razon trataba de infundir la misma desconfianza contra Dumouriez en el ánimo de sus amigos. El rey iba difiriendo sancionar los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados, á pesar de las continuas instancias de los girondinos, para que no retardase por mas tiempo aquella sancion

Preveyendo madama Roland que llegaria un dia en que los ministros tendrian que dar una severa cuenta al público de los negocios que estuviesen retrasados, trató de declinar la responsabilidad que pudiese recaer sobre su marido, y persuadió á éste á que escribiese una carta confidencial al rey que contuviese austeras lecciones de patriotismo y que se la leyese cuando estuviesen en el consejo, guardándose una copia de ella, tanto para acusar á Luis XVI cuando llegase el momento oportuno de hacerlo, como para justificarse él mismo. Esta pérdida precaucion contra la perfidia de la corte, era tan odiosa como un lazo, y tan baja como una denuncia. Unicamente la pasion que ciega el alma, podia cegar á esta muger leal sobre la naturaleza de semejante acto; pero el espíritu de partido hace las veces de moral, de justicia y aun de virtud, cuando hay tanta exaltacion en las ideas como tenia aquella muger. Esta carta era un arma escondida que Roland se reservaba para herir mortalmente la reputacion del rey, y para salvarse él. Madama Roland fué la que la redactó despues de haber inspirado á su marido la idea de escribirla. Madama Roland notiene otro crimen que echarse en cara, asi es, que este extravío, hijo de su odio al rey, fué el único remordimiento que la acompañó al cadalso.

## XVI.

«Señor, decia Roland, las cosas no pueden permanecer en el estado en que se hallan; estado de crisis del cual es preciso salir de un modo ú otro. La Francia se ha dado una Constitucion que la minoria está minando, al paso que es defendida por la mayoría. De aqui resulta una encarnizada lucha intestina, á la que nadie es indiferente. Vos disfrutabais la autoridad suprema y no ha-



beis podido perderla sin que os haya causado un gran sentimiento. Los enemigos de la revolucion hacen entrar en sus planes vuestros presuntos sentimientos. Vuestra proteccion secreta seria en tal caso la que constituyese su fuerza. ¿Debeis unir os hoy á los enemigos ó á los amigos de la Constitución? Decidlos de una vez. El trono, el clero, la nobleza y la aristocracia deben aborrecer estos cambios que los destruyen: el pueblo ve el triunfo de sus derechos en la revolucion y no se lo dejará tan fácilmente arrancar. La declaracion de los derechos ha venido á ser el nuevo evangelio, y la libertad será en adelante la religion del pueblo. En este choque de intereses opuestos, todos los sentimientos son estremados y las opiniones tienen todo el acento de la pasion. La patria no es ya una abstraccion; es un ser real al que todos se unen por la felicidad que promete y por los sacrificios que todos le han hecho. ¡Hasta qué punto no va á exaltarse el patriotismo en un momento muy próximo en que va á verse atacado por fuerzas enemigas exteriores, combinadas con las intrigas interiores! ¡La ira de la nacion, será terrible si en aquel instante no tienen confianza en vos!

«Mas esta confianza no la adquirireis solo con palabras: se necesitan actos para obtenerla. Dad pruebas convincentes de vuestra sinceridad, como por ejemplo, la sancion á dos interesantes decretos que hace mucho la aguardan y que ambos son muy importantes para la salvacion del Estado. ¡Mirad bien lo que haceis! Empiézase ya á desconfiar de vos, y esta desconfianza se convertirá muy pronto en odio, y éste no retrocede ante el crimen. Sino dais una satisfaccion á la revolucion, esta se amasará con sangre. Las medidas desesperadas que podrían aconsejaros para intimidar á París, y para dominar á la Asamblea, no harian más que desenvolver aquella sombría energía, madre de los grandes desenlaces, y de los grandes atentados. (Esta indirecta se dirigia á

Dumouriez que aconsejaba medidas rigorosas). Os engañan, señor, cuando os presentan la nacion como enemiga del trono y vuestra. Amad y servid á la revolucion y este pueblo la amará en vos. Los sacerdotes destituidos agitan las campañas, ratificad las medidas que pueden ahogar á aquel fanatismo. Paris teme por su seguridad, sancionad las medidas que llaman á un ejército de ciudadanos bajo sus muros. Si andais todavía con dilaciones, solo se vera en vos un conspirador y un cómplice de nuestros enemigos! ¡Justo cielo! ¡Habeis cegado á todos los reyes! Yo sé que el language de la verdad raras veces halla acogida en el trono; pero tambien sé que esta falta de verdad en el consejo de los reyes es la que hace necesarias tan á menudo las revoluciones. Como ciudadano y como ministro debo decir la verdad al rey, y nada hay capaz de impedirme que haga que llegue á sus oídos. Pido que haya aqui un secretario del consejo que tome acta de todas nuestras deliberaciones. ¡Unos ministros responsables necesitan tener un testigo de sus opiniones; si este testigo existiese, yo no me dirigia por escrito á V. M.»

La amenaza era tan clara como la perfidia que encerraba esta carta, y su última frase indicaba, aunque en sentido equívoco, el uso que se proponia hacer Roland de ella en su dia. La magnanimidad de Vergniaud se habia sublevado contra este paso del principal ministro girondino. Dumouriez se irritó al oír leer esta carta, y su lealtad militar estaba á pique de comprometerle, por no poder contener su indignacion. El rey oyó aquel escrito con la impassibilidad de un hombre acostumbrado á desvolar la injuria. Los girondinos supieron todo lo que habia pasado por la muger de Roland, y éste guardó una copia de la carta para cubrirse el dia de su caída.



Por este tiempo, y sin que Roland lo supiese, se en-  
tablaban negociaciones secretas entre palacio y los tres  
gefes de los girondinos, Vergniaud, Guadet y Gensonné,  
por mediacion de Bozé, pintor del rey. Una carta escrita  
por ellos al príncipe y que quedó guardada en la famosa  
*alcena de hierro*, sirvió para acusarles. Dice así: «Nos  
preguntáis cual es nuestra opinion respecto al estado de  
la Francia y cuales son las medidas mas á propósito para  
salvar la causa pública.

«Interrogados por vos sobre un asunto tan interesante  
no vacilamos un momento en responderos: la conducta  
del poder ejecutivo es la causa de todo el mal. Engañau  
al rey persuadiéndole que los clubs y las facciones son  
los que sostienen la agitacion pública. Esto es hacer con-  
sistir la causa del mal en sus síntomas. Si el pueblo pu-  
diese tranquilizarse por estar cierto de la lealtad del rey,  
se calmaria y las facciones moririan por sí mismas. Pero  
en tanto que aparezca que las conspiraciones exteriores  
é interiores están favorecidas por el rey, siempre amañe-  
rán nuevos disturbios que irán agravándose hasta ha-  
cer que ningun ciudadano tenga confianza en el rey. El  
actual estado de cosas marcha rápidamente hácia una  
crisis cuyas probabilidades están evidentemente en con-  
tra del trono. Se ha hecho del gefe de una nacion libre  
un gefe de partido, y he aqui la razon de que el partido  
contrario le considere como á un enemigo en vez de mi-  
rarle como su rey. ¿Qué éxito puede esperarse de estos  
manejos tramados con el extranjero para restablecer la  
autoridad real? Si esta se restableciese por semejantes  
medios, apareceria como una usurpacion violenta de los  
derechos de la nacion y la misma fuerza que hubiese  
servido para obrar la restauracion, seria necesaria para

sostenerla, lo que equivale á decir, que no se veria un  
término á la guerra civil. Adictos como lo somos á los  
intereses de la nacion, de los que nunca separaremos los  
del rey, pensamos que el único medio de evitar los males  
que amenazan al trono es que éste se confunda con la  
nacion. Otras nuevas protestas serian insuficientes, lo  
que se necesita es actos. Que renuncie el rey á todo au-  
mento de poder que se le ofrezca por los extranjeros;  
que obtenga de los gabinetes que son hostiles á la revo-  
lucion, que alejen sus ejércitos de nuestras fronteras. Si  
esto le es imposible, que arme él mismo la nacion y que  
la haga que se subleve en masa contra los enemigos de  
la Constitucion; que escoja sus ministros entre los hom-  
bres mas comprometidos por la revolucion; que ofrezca  
las armas y los caballos de su guardia para esta guerra;  
que dé publicidad á la distribucion que se hace de los  
fondos de la lista civil, probando de este modo que su  
tesoro secreto no es el origen de los complots contra-revo-  
lucionarios; que solicite él mismo una ley sobre la edu-  
cacion del príncipe real, y que haga que esta sea segun  
el espíritu de la Constitucion; que separe á Mr. de La  
Fayette del puesto que ocupa en el ejército. ¿Si el rey  
adopta todas estas resoluciones y persiste en ellas con fir-  
meza, la Constitucion se ha salvado!»

Esta carta puesta en manos del rey por Thierry, le  
sorprendió, porque no tenia ningun conocimiento de  
ella. Irritóse al ver que se le prodigaban unos socorros  
que no habia pedido y no pudo menos de decir á Bozé  
«¿Qué quieren estos hombres? ¿no he hecho ya todo lo  
que me aconsejan? ¿no he nombrado ministros patriotas?  
¿no he desechado los socorros de los extranjeros? ¿no he  
desaprobado la conducta de mis hermanos? ¿no he impe-  
dido la coalicion en cuanto ha dependido de mí, y man-  
dado que se pusiesen las fronteras en estado de defensa?  
¿no he sido mas fiel á mi juramento que los facciosos,  
desde que acepté la Constitucion?»



Indecisos aun los gefes de los girondinos entre la republica y la monarquia, andaban á tientas en busca del poder, ya en la Asamblea, ya con el rey, dispuestos siempre á apoderarse de él, en donde les fuese posible hallarlo. No ofreciéndose ocasion de verificarlo entendiéndose con el rey, juzgaron que era mas seguro minar el trono que consolidarle, por cuya razon fueron acercándose cada dia mas á los facciosos.

## XVIII.

Entrelanto mandando en el consejo á medias por disponer de Roland, de Claviere y de Servan que habia reemplazado á de Grave, pesaba sobre ellos en cierto modo la responsabilidad de aquellos tres ministros. Empezaban ya los jacobinos á pedirles cuenta de los actos de un ministerio que estaba en sus manos y que llevaba su nombre. Colocado Dumouriez entre el rey y los girondinos veia aumentarse diariamente los recelos de sus colegas respecto á él, siendoles á aquellos no menos sospechosas la probidad de Dumouriez que su patriotismo. Este hombre se habia valido de su popularidad y del ascendiente que tenia sobre los jacobinos para pedir á la Asamblea seis millones para gastos secretos en cuanto subió al poder. Esta suma estaba destinada probablemente para sobornar los gabinetes estrangeros, desunir de la coalicion á las potencias y fomentar la revolucion en Bélgica. Solo Dumouriez sabia el destino que se daba á aquellos millones. Empeñado su patrimonio y haciendo gastos escesivos en razon á sus compromisos con la seductora hermana de Ribarot, y ligado con hombres sin principios y de relajadas costumbres era mal mirado por madama Roland y por su marido, tanto por todo lo que se ha dicho, cuanto porque habia sospechas de que

sino directamente á él, era fácil ganar con dinero á sus mas íntimos confidentes. La probidad es la virtud de los demócratas, porque el pueblo fija principalmente su atencion en que estén adornados de aquella virtud los que le gobiernan. Los girondinos, hombres antiguos, temian que recayese sobre ellos, hasta la sombra de una sospecha de esta naturaleza, y la lijereza de Dumouriez en semejante materia les ofendia. Murmuraban de él, y Gensonné y Brissot, le intimaron algo sobre este particular en casa de Roland. Autorizado éste por la edad y por la austeridad de sus principios, hizo presente á Dumouriez cuanto debia respetarse á si mismo un hombre público, y cuan obligado estaba á dar ejemplo á los demas con la austeridad de sus costumbres. El guerrero tomó á broma esta reconvenccion, y respondió á Roland que si debia su sangre á la nacion, no la debia el sacrificio de sus gustos ni de sus amores, porque él comprendia el patriotismo á lo héroe y no á lo puritano. La aspereza de esta contestacion envenenó los ánimos y se separaron resentidos y recelosos unos de otros.

Desde aquel dia no volvió Dumouriez á las reuniones de madama Roland. Esta muger, que por el instinto superior de su genio y de su sexo, conocia perfectamente el corazon humano, no se engañó respecto á las intenciones del general. «Ha llegado la hora, dijo con osadía á sus amigos, de perder á Dumouriez, ya sé, añadió dirigiéndose á su marido, que tú no serias capaz de descender hasta la intriga y la venganza, pero acuérdate de que Dumouriez debe conspirar interiormente contra los que le han ofendido. Cuando uno ha osado hacer semejantes reconvencciones á un hombre como Dumouriez y cuando han sido tan inútiles como las que tú le has hecho, es preciso herir ó aguardar tranquilamente á que á uno le hieran.» Esta muger discurria perfectamente y no se equivocaba en lo que decia. Dumouriez, cuya penetrante mirada habia descubierto detrás de los girondinos



nos otro partido mas fuerte y mas audaz que el suyo, empezó desde entonces á relacionarse con los intriguantes del partido jacobino. Pensó, y con razon, que el odio del partido seria mas poderoso que el patriotismo, y que halagando la rivalidad de Robespierre y de Danton, contra Brissot, Petion y Roland, hallaria en los mismos jacobinos un apoyo hasta para el gobierno. Dumouriez queria al rey, compadecia á la reina, y estando mas inclinado á la monarquía que á cualquiera otro gobierno, le hubiese lisongeado tanto restablecer el trono como salvar la república. Hábil en manejar á los hombres, cualquier instrumento le era bueno para lograr su intento: desertarse de los girondinos que oprimiendo al rey, le amenazaban tambien á él; é ir á buscar mas lejos y en otra esfera mas baja la popularidad de que necesitaba para atacarlos, era un gran golpe de talento; probó darlo, y salió con su empresa. Desde esta época empezaron sus relaciones con Camilo Desmoulins y con Danton.

Este y Dumouriez, semejantes en vicios y en cualidades, forzosamente tenian que ponerse de acuerdo muy pronto, porque uno y otro no quisieron en la revolucion sino su actividad. Los principios les eran enteramente indiferentes; lo que halagaba su energía y su ambición era aquel movimiento tumultuoso de las cosas, que precipitaba y elevaba á los hombres desde el trono á la nada, desde este estado á la cumbre de la fortuna y del poder. La embriaguez de la accion era para aquellos dos hombres una necesidad continua de su naturaleza, y la revolucion un campo de batalla cuyo vértigo les encantaba y engrandecia.

Cualquiera otra revolucion distinta á la que atravesaban les hubiese convenido igualmente, ya hubiese sido favorable al despotismo ó á la libertad; al rey ó al pueblo. Hay hombres que no pudiendo respirar con desahogo sino en una atmósfera agitada, no pueden vivir mas que en medio de un torbellino de acontecimientos. Además,

si Dumouriez tenia los vicios ó las ligerezas de los cortes, Danton tenia los vicios y el desenfreno del pueblo. Aunque estos vicios sean tan diferentes en la forma, son idénticos en la esencia; se comprenden unos á otros fácilmente y son el punto de contacto entre la debilidad de los grandes y la corrupcion de los pequeños. Dumouriez comprendió á Danton á primera vista, y éste dejó que aquel se le acercase y no opuso resistencia á lo que de él quiso exigir. Sus relaciones, sospechosas de cohecho por una parte y de venalidad por la otra, subsistieron secreta ó públicamente hasta el destierro de Dumouriez y hasta que murió Danton. Camilo Desmoulins, amigo de éste y de Robespierre, se apasionó tambien de Dumouriez, cuyo nombre popularizó en sus libelos; y el partido de Orleans, que representaba por medio de Sillery y Laclós á madama de Genlis en los Jacobinos, buscó igualmente la amistad del nuevo ministro. En cuanto á Robespierre, cuya política consistia en una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó respecto á Dumouriez ni cariño ni antipatía, pero se regocijó interiormente al ver en él un rival de sus enemigos. Es muy difícil odiar al enemigo de los que nos aborrecen.

## XIX.

El antagonismo entre Brissot y Robespierre iba creciendo y envenenándose cada día mas. Las sesiones de los Jacobinos y los papeles públicos, eran el teatro permanente de la lucha y de las reconciliaciones de aquellos dos hombres. Iguales en fuerzas en la nacion, iguales en talento en la tribuna, se veia que se tenían mutuamente, al mismo tiempo que se atacaban y que disfrazaban bajo la apariencia de un respeto reciproco, hasta sus mas graves ofensas. Pero esta animosidad comprimida, aumenta-